FL GASTELLAND LA GULTURA VIA GAZA Por MIGUEL DELIBES

laterna Z magika

usted, concretamente, ¿a qué ha ido a Checoslovaquia?
—Mire, yo he ido a Checoslovaquia invitado por las Universidades de Praga y Brno a pronunciar unas conferencias sobre novela española actual. Esto ya le revela a usted que los checos gustan de estar al tanto de todas las cosas. En las Facultades de Letras de Praga y Brno funcionan unos Departamentos de Español—lengua y literatura—con una asistencia muy crecida, principalmente en Praga, donde los matriculados rebasan los dos centenares. Para un español esto es muy importante. Tan importante como comprobar que no sólo el titular del Departamento, sino sus ayudantes y adláteres habian el castellano como usted y como yo, excepto la música...

nabati el castellano como usted y como yo, excepto la música...

—¿La música?

—Quiero decir que, en general, su castellano es correcto, pero el tono de su castellano es hispano-americano. Con los checos hemos cometido la enorme injusticia de ponerles trabas. Por esta razón, aquellos para quienes el español es el fundamento de su vida han tenido que ir a aprenderlo a Méjico, Chile y, sobre todo, a Cuba, donde el Gobierno de Castro les da facilidades. En España deberiamos tomar alguna medida para ayudar a estos hombres que han hecho de nuestro país un culto. Profesores y alumnos me



El pueblo checo goza de un alto nivel cultural. En la foto, tres generaciones de checoslovacos visitan un museo.



«Paso a paso, estos hombres han conseguido una sensibilidad musical colectiva que se muestra ya en los niños durante la primera infancia». La afición por la música se ha generalizado. La música «pop» cuenta con el apoyo de un numeroso sector de la juventud. Esta pareja asiste a un recital.

preguntaban si en un próximo futuro habría posibilidades de venir a España. Yo les he prometido que haría algo en este sentido, supuesto que a las dificul-tades de visados habrá que aña-dir el problema de su moneda, que, como creo le dije, no es con-vertible. Yo espero ahora a un profesor checo y me consta que el hombre ha tenido que hacer milagros para juntar unas pesetillas que le permitan malvivir un mes en nuestro país. De modo que este señor, portavoz entu-siasta de la cultura española en Centroeuropa, viene a visitar España como un pobre. Tal cosa me parece injusta, la verdad. Los políticos no tienen derecho a dificultar las relaciones entre los hombres. Es más, parecería obligado que se esforzasen por allanar todos los obstáculos para que la comunicación se estableciese. En el caso concreto de hispanistas que viven en países cuyas monedas no son convertibles, el Estado debería estable-cer un sistema de becas para los cursos de extranjeros, por ejemplo, y buscar la compensación, en la misma forma, para alumnos de lenguas eslavas, econo-mistas, sociologos, licenciados en letras de nuestras Universidades para quienes tuviera interés darse un garbeo por la Europa cen-tral u oriental. Cualquier cosa menos dejar estos contactos al azar o la improvisación.

-¿De modo que en Checos-

lovaquia hay muchachos interesados en nuestras cosas?

—No sólo interesados, sino sólidamente preparados. Checoslovaquía siempre fue un pueblo
culto y una de las conquistas del
socialismo es el haber extendido
esta cultura a capas sociales
que antes no podían disfrutarla.
Y no me refiero ahora a revoluciones culturales como la de la
enseñanza, sino a aspectos específicos de su política, pongo por
caso la del abaratamiento del libro o del disco. Un libro cuesta en Checoslovaquía 20 koronas, cuya equivalencía en pesetas
puede aproximarse a las 50. Esto
origina un fervoroso interés alrededor de este mercado. En las
ciudades checas no sólo existen
muchas librerías, sino que, además, están muy animadas a toda
hora. Una tirada de 100.000 ejemplares de una obra no es alliinusual. Si considera usted que
la población checa es la mitad
que la española, la cifra es más
que alentadora. Y lo mismo sucede con los discos. En verdad,
ni libros ni discos son presentados en ediciones lujosas; pero ni
el libro ni el disco deben interesar por su presentación, sino
por lo que guardan dentro.

»Y ya en relación con el disco, le diré que la disposición musical del checo es edificante. Aquélla es gente que tiene oido y tiene gusto. Si a esto añade una educación adecuada, nada no s pueden sorprender los resultados. Naturalmente que Centroeuropa es el núcleo donde ha nacido y ha irradiado al mundo la música que podemos llamar clásica. Pero esto no es una casualidad, sino el fruto de una paulatina elaboración. Los genios no se improvisan en ninguna faceta artística. Paso a paso estos hombres ha n conseguido una sensibilidad musical colectiva que se muestra ya en los niños durante la primera infancia. Le voy a dar un detalle: Radio Praga abre cada día su emisión con los trinos de un pájaro: hoy es el mirlo, mañana el ruiseñor y pasado mañana el jilguero. ¿Que le parece una bobada? ¡Como quiera! A mí, en cambió, me parece que encierra un sentido eso de apresar y comunicar a los oyentes las armonias de la Naturaleza. Las modulaciones del canto del ave se repiten durante el día entreveradas con las emisiones más prosaicas, ¿comprende? Por otra parte, los programas musicales son una cosa muy seria. Lo mismo ocurre en Viena. Y no se trata de imponer una música de calidad para educar al pueblo, sino que es el pueblo educado el que pide esta música de calidad: o sea, que es la demanda lo que prevalece. Por este camino han llegado a hacer de la ópera un espectáculo popular, aparte de que la ópera tampoco cuesta cara. Entonces resulta que en Praga no pueden vivir sin ópera sino dos meses al año, los más cálidos del verano. Y en provincias ocurre

tres cuartos de lo mismo. Me gustaría que viese, oiga, el nue-vo teatro de Brno. ¡Eso es un teatro y lo demás son cuentos! Mil quinientas butacas en dos pisos, con una visibilidad perfecla, escenarios giratorios, lumino-tecnia eficacísima, escenografía deslumbrante... Si a esto agrega la calidad de las compañías —de ópera y ballet— tendrá una idea aproximada de lo que es aque-llo. Y le repito que la audiencia es multitudinaria. Quiero decirle que a la ópera se va a ver y a oir, no a que le vean a uno y a que la casan en el entresto. la calidad de las compañías a que le oigan en el entreacto. El guardarropa de la ópera es-el mejor exponente de su carácel mejor exponente de su carac-ter popular. El terciopelo y el dril, el sombrero de copa y la gorra de visera se dan allí la mano. Debajo del sombrero de copa y de la gorra de visera hay dos cabezas activadas por una misma emoción. La brillantez del espectéculo po se mide allí nor espectáculo no se mide allí por los escotes y los cuellos de paja-rita, sino por el juego que dan los actores contratados en el escenario. De todo esto resulta que el checo lleva la música en los tuétanos de sus huesos. Participar en la creación de esta be-lleza constituye una de sus más nobles aspiraciones. Este es el motivo del desarrollo de los coros y orfeones en el país. ¿Cuán-tos checos habrá encuadrados en estas organizaciones? No lo sé, pero incontables. Existen co-ros en las fábricas, en las cooperativas, en la Universidad...



EL CASTELLANO LA CULTURA Y LA CAZA

Y al hablar de la Universidad, no me refiero a los alumnos —que también los organizan—, sino a los profesores. Así, como ejemplo de calidad, puedo citarle el coro de Maestros Moravos, cerca de cien profesores que pe-riódicamente se reúnen en una u otra ciudad para sus ensavos lo otra ciudad para sus ensayos, lo que les reporta gastos e inco-modidades. No son profesionales, claro. Es decir, les mueve exclusi-vamente la afición. Bueno, pues este coro ha ganado cuatro pues este coro ha ganado cuatro veces este coto na ganado cuatro vecese en diez años el primer premio de masas corales de aficionados en Londres, París y Roma, y ahora se prepara para una jira por el Japón. Es claro que este sentimiento musical es más viejo en Checoslovaquia que el so-cialismo —aunque éste lo haya cultivado—, como lo prueba el hecho de que los Maestros Mo-ravos fueron distinguidos con la Orden de Isabel la Católica en la Orden de Isabel la Católica en la jira que realizaron por España allá por el año treinta y dos, cuando la República. Para mí, le soy sincero, que una entidad de esta naturaleza alcance una edad de cincuenta años y aún más, constituye un fenómeno cultural que me conforta: reve-la, sin más, que los pueblos pue-den alcanzar ideales comunes más amplios y nobles que los meramente deportivos. Para que tome usted nota del respeto que tome usted nota del respeto que la cultura merece en Checoslova-quia, le contaré una anécdota: A mi paso por Brno, la emisora de radio local me hizo una entre-vista. Fue una cosa muy breve y sencillita en torno a la literatura española contemporánea. Al con-cluir, mi entrevistador, que hizo constar que desde hacía qué sé yo los años, era yo el primer español que me arrimaba a aqueespanoi que me arrimana a aque-llos micrófonos, me dijo en co-rrecto castellano que pasara por la administración. Una vez allí me hicieron firmar dos papeles y me entregaron doscientas se-senta koronas. Mi sorpresa sor-prendió a mi entrevistador. «¿Es que nunca le han pagado por una entrevista?», me preguntó, «Nunca», le respondí. El frun-ció la beca en un aceste de par-«Nunca», le respondi. El frun-ció la boca en un gesto de per-plejidad, y dijo: «Comprendera que si yo saco de su cabeza unas ideas y lleno con ellas un pro-grama, lo menos que puedo ha-cer es pagarle». Su razonamiento me pareció tan lógico que asen-ti, mientras para mi fuero inter-no me decía: «A ver si el ejem-plo cunde». plo cundes.

—Está bueno eso; le hacen a usted la propaganda y encima

le pagan.

—La cuestión estriba en dis-cernir quién hace el servicio a quién, y, sobre todo, en acertar a separar la cultura del negocio; pero esto tal vez sea para usted demasiado complicado.

una cinegética asombrosa

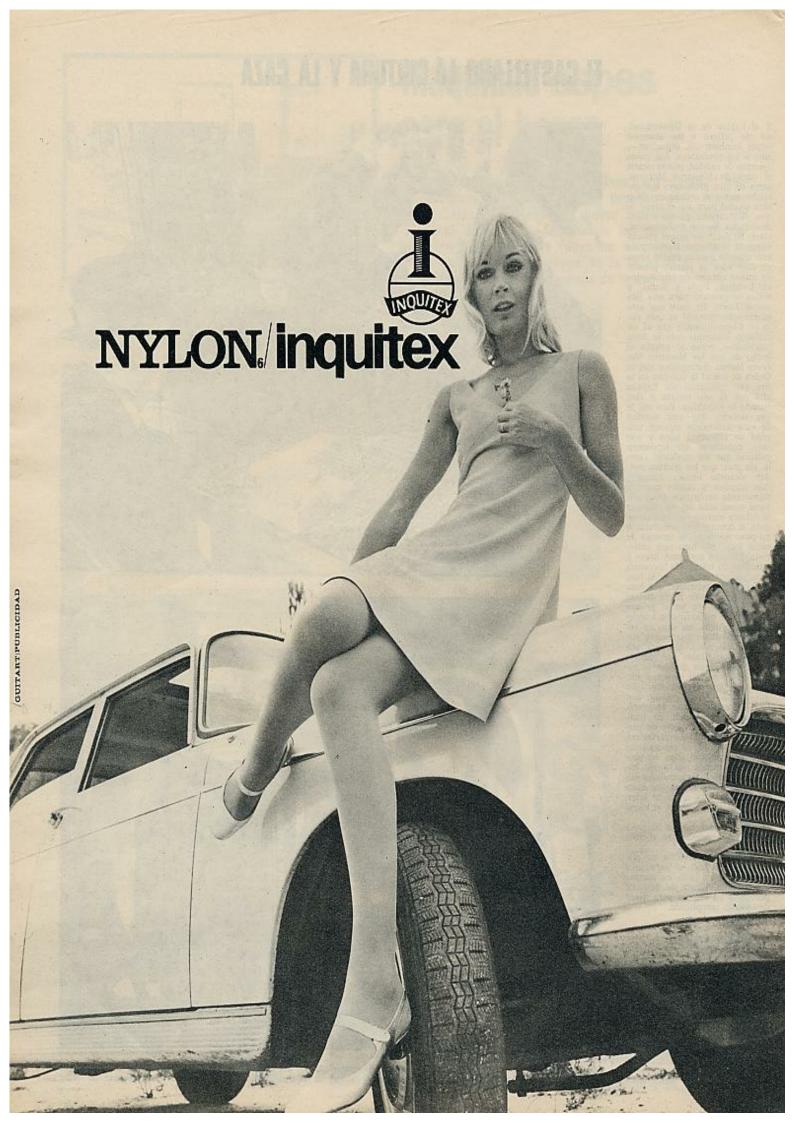
—Bueno, pasemos a otra cosa. Usted es cazador, según me han dicho, y tengo entendido que para esto de la caza Checoslovaquia se pinta sola.

-Mire, no me tire de la lengua. Si nos metemos en estos be-renjenales no vamos a terminar nunca, puesto que de todas las sorpresas que me ha deparado aquel país, esta de la caza quizá sea una de las más inesperadas.



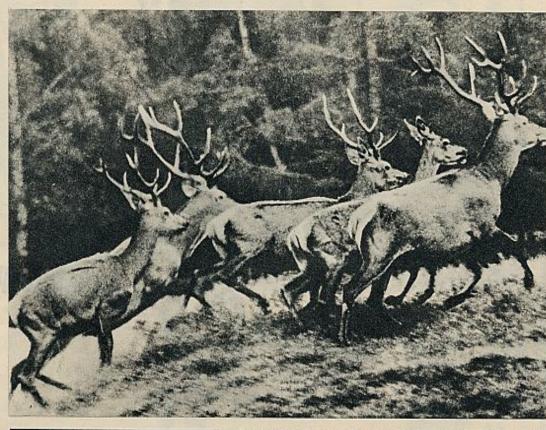


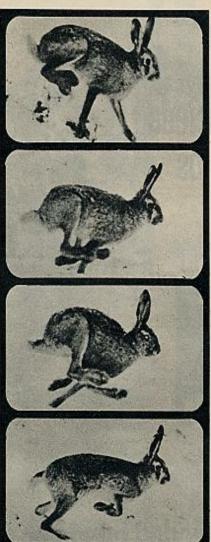
Arriba, un grupo de muchachos contemplan las insignias que un anciano ha puesto a la venta en su tenderete. Las del Real Madrid están entre las más populares. Abajo, un equipo cinematográfico rueda unas escenas de calle.



EL CASTELLANO LA CULTURA Y LA CAZA

Usted habrá oído hablar del pa-raíso terrenal, ¿verdad? Bueno, pues el paraíso terrenal para un pues el paratso terrenal para un cazador está allí, en Checoslovaquia. Así, como suena. Algo increíble, se lo aseguro. La época,
naturalmente, no era adecuada
para tirar del gatillo, pero a juzgar por lo que se vislumbra
desde las carreteras, aquello es
un gallinero. De todos modos, me
vuelvo con el recelo de no haber
dado, con el busilis de este asundado con el busilis de este asunto, puesto que no es admisible que en los terrenos de todos cuista la densidad de falsanes, perdices y llebres que he podido ver con mis propios ojos, en nin-gún lugar de la tierra. A mi re-greso, ojeando folletos y propa-ganda, me he dado cuenta de que en las proximidades de Brno existe una reserva cinegética y esto quizá justifique algunas cosas. Pero con todo y con eso es di-fícil explicar esta variedad y abundancia de animales que puluian por todas partes. Los ami-gos de Brno me decían: «No hay aquí especies diferentes que en aqui especies diferentes que en España, profesor». El profesor era yo, ¿comprende? Y en rigor puede que las especies sean las mismas, pero no hay duda de que la calidad no lo es. Por ejemplo, permitame que le hable de la llebre checa. La primera que vi merodeando en una siembra de cebada fue a pocos kilómetros de la frontera. Mi mujer, habituada a desollar liebres españolas, me hizo detener el coche: «Mira, ¿qué es aquello?», me decía. Y yo no encontraba respuesta, porque si el animal, al acularse, tenía tal cual el perfil de una liebre, su tamaño era tres o cuatro veces mayor que el habitual en nuestra tierra; alzaba lo que un animetra responsar en profesor. habitual en nuestra tierra; alzaba lo que un «pointer», para que me entienda. Por otra parte, sus cuartos traseros eran muy poderosos y acangurados, y cuando galopaba echaba los pies por alto, como los caballos, y hasta levantaba polvo. Increfble, se lo digo yo que llevo cuarenta años en el oficio, viendo liebres, e in-cluso he cazado la norteña que, como sabe, hace su bulto. Tras un detenido examen llegué a la conclusión de que aquello no podía ser una liebre, aparte de por su tamaño y características, por sus hábitos: andaba ella solita, gazapeando, y de repente se lanzaba en una galopada frené-tica, sin que nadle la atosigara, tica, sin que nadie la atosigara, tornaba a detenerse y se aculaba observando. En fin, del costillar a la cabeza parecía una liebre gigante; del costillar al rabo, más se asemejaba a un canguro. Po-co más lejos nos topamos con cuatro animales de éstos, pero juntos. Corrían uno detrás de otro a una velocidad endiablada, sin que desde el automóxil para la como desde el automóxil para contro a una velocidad endiablada, sin que desde el automóxil para otro a una velocidad endiablada, sin que desde el automóvil pu-diera percibirse de qué o de quién huían. Pensé que en Brno me sacarían de dudas, pero cada persona consultada allí me res-pondía invariablemente: «Serían liebres, profesor». Yo insistía en el tamaño, en sus divagaciones diurnas y en manada invilitas diurnas y en manada invilitas diurnas y en manada, insólitas en España, en la cantidad, pero no lograba sacarles de sus trece y, ante mi insistencia, termina-ban indefectiblemente por enco-gerse de hombros. Así, hasta que dos días más tarde salimos al campo con tres amigos checos y entonces se aclaró la situación: eran liebres, sí señor, pero lie-bres de seis a ocho kilos, tre-





La cinegética checa es rica y variada. Los alemanes serían capaces de trocar su «Mercedes» por la cuerna de estos ejemplares de caza mayor. De seis a ocho kilos suelen pesar las liebres checas.

mendos animales de gran cabe-za, papada bovina y una pe-lambrera muy abrigada. Pero lo más curioso, más aún que su as-pecto, me resultaban sus cos-tumbres: correteaban por todas nartes de tres en tres e de sus partes, de tres en tres o de cua-tro en cuatro; se detenían; en ocasiones, peleaban; otras, pastaban tranquilamente en los ribazos. En resumen, resulta ob-vio que la liebre checa no es animal noctívago. A varias acerté a truncarles la carrera cuando trataban de atravesar el camino ante el coche se amonaban y únicamente se arrancaban cuando yo me apeaba y palmeaba estrepitosamente. Lo nunca visto,

»Esto aparte, no son para des-critos los cientos de faisañes que merodean por aquellas tierras. Y, cosa rara, pese a la época, las parejas eran las menos. Era muy frecuente ver a un macho solo o a un bando de siete a diez hembras sin compañía masculina (piense usted lo que quiera). Y luego su mansedumbre. Por pura distracción yo me apeaba para volarles y entonces sí, saltaban al volarles y entonces sí, saltaban al aire, pero sin alarma, tranquilamente. Créame que todo esto lo tengo como un sueño. Con decirle que he cobrado un faisán con el parabrisas del coche está dicho todo. O no todo, porque aún hay más. Por ejemplo, los pares de perdices, perdiz roja —creo que de la especie griega— y perdiz gris, algo más chica, que al volar despliega en el abanico de la cola y en los bordes de las alas una franja rojiza. Lo que le digo, si no se ve, no se cree; un gallinero. Aparte, la caza mayor: los nero. Aparte, la caza mayor: los ciervos y las gacelas brincan en

cuanto uno se arrima a un bosque...

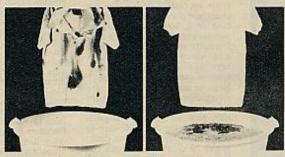
-Pero, bueno: ¿y es que allí

—Pero, bueno: ¿y es que allí no caza nadie?
—Yo, desde luego, no he disparado un tiro, se lo juro; pero, por lo que tengo entendido, la caza checa no es precisamente para el pueblo. Y esto, la verdad, ya me gusta menos. (Por de pronto, en Checoslovaquia existe una guardería implacable; un dato: perro corrillero suelto en el campo es muerto a mansalva sin preguntarle quién es su dueño.) Mas, a lo que iba: la caza allí es un deporte ultracaro, inasequible a una economía media. ¿Que quién caza entonces? Mire, por primera providencia, los que cazan en todas partes: los prohombres y sus invitados. Luego tiene usted la caza como fuente de divisas. Según me cuentan, cada otoño, los alemanes occidentales y los austriacos arman allí la de San Quin. manes occidentales y los austria-cos arman allí la de San Quin-tín. En cuanto a técnicas, por su-puesto, también en Checoslova-quia va en decadencia la caza en quia va en decadencia la caza en mano. Al parecer, se practica el ojeo con arreglo a un severo ritual, en el que se rinde homenaje incluso a las piezas muertas. Pero la modalidad de caza más frecuentada es la que los franceses llaman «au cercle» o, por aproximación, en círculo. Un centenar o dos de escopetas rodean un terreno de varias hectáreas dejando entre uno y otro un amdejando entre uno y otro un am-plio espacio. A una señal con-venida todos empiezan a cami-nar hacia el centro del círculo. Naturalmente, liebres y pájaros enloquecidos van concentrándose en el interior hasta que el cerco se estrecha y se ven obligados a buscar una salida. La regla es no tirar hacia dentro, pero con



Bio Bravo elimina esa suciedad imposible de quitar con los detergentes normales

/HAGA LA PRUEBA DEL AGUA!



Tome la prenda de su colada más sucia y manchada que tenga y póngala en remojo con Blo-Bravo, en agua tibla durante dos o tres horas. Saquela después y compruebe cómo toda la suciedad ihasta las manches más resistentes!, han desaparecido por completo



con **Bravo** toda la suciedad queda en el agua

EL CASTELLANO LA CULTURA Y LA CAZA

eso y con todo puede usted ima-ginar las carnicerías que se pre-paran. El sistema es alevoso; una paran. El sistema es alevoso; una encerrona, como decimos por aquí; pero, al parecer, a ellos les gusta y los extranjeros lo pagan. En este punto de la caza de extranjeros he oído comentarios sabrosísimos: «Por una cabeza de ciervo los alemanes son capaces de dejar aquí la máquina», me dicen. O sea, que la avidez cinogética germana llega al extremo de trocar su «Mercedes» por una bella cuerna. ¡Lo que faltaba! Decididamente, los cazadores no tenemos remedio.

—;Y los checos? ¿Es que van

-¿Y los checos? ¿Es que van

tenemos remedio.

—¿Y los checos? ¿Es que van de morraleros?

—A lo que se ve, los checos también pueden cazar, por más que un día de caza les suponga una fortuna. Armas y cartuchos son caros allí. Por otra parte, para poder cazar, hay que ser miembro de una sociedad cinegética y estas sociedades tienen que pagar un terreno, es decir, un coto. Todo a base de pesetas, como podrá ver. De todas maneras, no me haga mucho caso. Visto lo visto, habrá que volver por Checoslovaquia en la temporada de caza y así podré hablarle con mayor conocimiento de causa. De momento puedo decirle que me han sorprendido tres cosas: el tamaño y los hábitos de la liebre, la notoria cantidad de piezas mayores y menores, y su general mansedumbre. ¡Con decirle que he llegado a migar pan a los azulones del río Vitava está dicho todo!

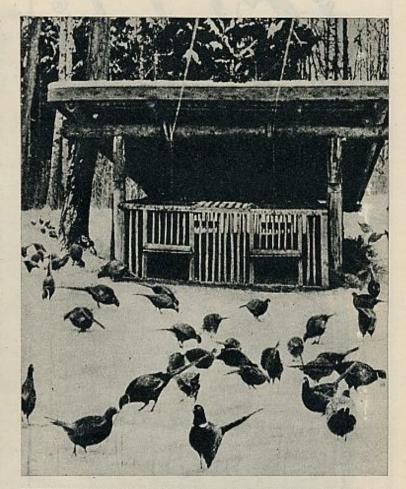
la ciudad de praga

¿El río Vltava?

—¡Ah, disculpe! El río Vltava es el que divide a Praga en dos. Pacífico río, río de llanura, pero con un notable caudal de agua. Y usted ya sabe lo que un río de éstos, bien colocado, da de sí urbanísticamente hablando. A una fea ciudad puede hacerla bonita un río, ni más ni menos. Naturalmente, éste no es el caso de Praga. Praga, con Vltava y sin Vltava, es una de las ciudades más hermosas de Europa. ¿Que por qué? No es fácil precisarlo, pero a buen seguro no por sus rascacielos, que no los hay. Praga no tiene pretensiones de verticalidad, afortunadamente para los praguenses. No, tampoco tiene bruñidas y anchas avenidas ni zonas residenciales suntuosas. Praga es bella por lo que conserva de ayer y de anteayer; por lo que los hombres de hoy todavía no han enderezado. Para que me entienda, la hermosura de Praga estriba en aquello que nosotros, los españoles, nos apresuramos a destruir como si de una vergüenza se tratara: el carácter. Y donde digo carácter no excluyo ni la mugre ni la sordidez. No, por favor, no se asuste. A mí los nuevos barrios de la ciudad no me dicen nada, ni creo que a Praga, estéticamente hablando, le hayan resuelto ningún problema. Es más, las nuevas edificaciones no me agradan; se me antojan oscuras y amazacotadas como pisapapeles. Para mi gusto, el verdadero sabor de Praga se concentra en el espacio que media entre el puente de la Opera y el puente Jane Svermy, incluidos, por descontado, los dos ba-

rrios que flanquean ambos costados del río. A la izquierda, aguas arriba, tiene usted el barrio de Malá Strana, con el Castillo —el famoso Castillo de Praga, antigua residencia del Rey de Bohemia y hoy del Presidente de la República, con su Sala Española y la histórica ventana de la defenestración— y la Catedral. El complejo arquitectónico, de proporciones colosales, produce un impacto muy directo y muy vivo. Una impresión muy severa también. En toda esta zona, empezando por la Catedral, cuya construcción se inició en el siglo XIV, con Carlos IV, y es el edificio religioso más grande de todo el país, se asientan los mejores ejemplares del gótico internacional, del barroco italiano y del Renacimiento. Se trata de una sinfonía monumental gótico-barroca que completa el puente Carlos, a los pies del Castillo, que conduce a la otra ribera del Vitava, esto es, a la ciudad vieja. Este puente amontona tal vez la cantería más antigua de la ciudad, puesto que es uno de los primeros puentes de piedra de Europa y se construyó poco después del año mil. Esto aparte, la entrada y salida están rematadas por dos belísimas torres y los pretiles preservados por veintiséis estatuas de un barroquismo subido de tono. El conjunto, con el Castillo al fondo, resulta extraordinariamente sugerente. Faldeando el cerro, se levanta el Castillo y la Catedral, se topa usted con viejos palacios de fronda, arcaicos vestigios de las influencias italiana, germana y española. También ahí encontrará usted la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, con la famosísima estatuilla del Niño Jesús de Praga, que dicen los italianos—, objeto de una piadosa tradición, vieja de siglos, en la que va envuelta, al parecer, una aristocrática dama española que contrajo matrimonio con un noble bohemio. La devoción popular ha rodeado la pequeña imagen de oraciones impresas y ex votos procedentes de las cinco partes del mundo. Muy el Palacio Cerrina, que ha cobrado nueva actualidad ante la insistencia del las interes de las cincos de las contras de las interes de l nueva actualidad ante la insistencia de los nuevos hombres de Praga por desvelar el misterio Masaryk. Masaryk, hijo del famoso Presidente, se desnucó al caer de una de las ventanas del Palacio. Hace veinte años se dijo que Masaryk se había suicidado; ahora se sospecha que «lo suicidaron». Otra defenestración, pero, por favor, no vaya usted a pensar que esto de arrojar a la gente por las ventanas sea una manifestación folklórica del país. Pero continuemos, Essea una manifestación folklórica del país. Pero continuemos, Este barrio de Malá Strana está notablemente elevado en relación con el resto de la ciudad, de tal modo que, desde abajo, constituye una escenografía encandiladora y, desde arriba, facilita un mirador pintiparado para otear Praga en una dilatadisima perspectiva. Vista desde aquí, difuminada por el humo —que imprime a los vetustos edificios una pátina de hollín— y por la bruma, uno comprende que a Praga se la haya llamado «la ciudad de las cien torres». Que sean ciento diez o que sean noventa no hace

diez o que sean noventa no hace





En Checoslovaquia abunda de modo extraordinario el faisán. El rito cine-gético se cumple una vez terminada la cacería, cuando cazadores y bati-dores escuchan, en posición de firmes, la alocución final del montero.



al caso. Le confieso que yo no las he contado, pero lo cierto es que son muchas; torres que sobre-salen de la grisura urbana, airo-sas y afiladas, como las gemelas del Tyn, la del Ayuntamiento —por cuyo reloj desfilan de hora en hora las ingenuas imá-genes de los Apóstoles— y la de Santo Tomás, o torres pienicas, como la de San Nicolás o la cu-bierta de la Opera, que muestran sin rebozo la preñez turgente de sus cúpulas verdes. La contemplación de la ciudad desde lo al-to del Castillo produce una im-presión de screnidad y sosiego; de historia remansada. Le incrusta a uno, sin pretenderlo, en el pasado.

»Del otro lado, es decir, a la derecha, aguas arriba del Vltava, se alza la ciudad vieja, la ciudad gris de los pasadizos y las des-portilladuras. Aquello tiene un portilladuras. Aquello tiene un regusto kafklano —no en balde, Kafka nació y vivió aquí— y la sombra de los hussitas gravita sobre sus calles y callejuelas. En rigor, se trata de un verdadero laberinto. Yo diría que es un trasunto urbano del cerebro caótico y genial del autor de «El Proceso». Los pasadizos, túneles, arcos, pasajes y patinillos se cruzan y entrecruzan: conducen cruzan y entrecruzan: conducen a todos los sitios y no llevan a ninguna parte. El barrio encie-rra un encanto tétrico, un aire misterioso y romántico que le inclina a uno a hablar a media voz. A esta impresión coadyuvan los grandes desconchones de las m a n s iones valetudinarias, los ventanucos abiertos en los rincones más insólitos, las galerías colgantes, los gatos grandes y perezosos deslizándose sigilosamen-te entre los cubos de las basu-ras. El tiempo se ha detenido aquí. Nada se ha desplazado de su sitio. Todo está como estaba, con su viejo pavimento, incómodo y hermosisimo, de minúsculas lajas de diversos tonos —grises claros, oscuros, rosados— combi-nadas en caprichosos dibujos geométricos y sus farolillos de gas que el farolero va encendiendo cansinamente al caer la tar-de. La personalidad de Praga —monumentos aparte— emana, sin duda, de este rincón sobre el que periódicamente se desgranan las campanas del Tyn o de la Capilla de Bethléem, donde Juan Huss —cuyo monumento se alza en la plaza inmediata— predi-caba al iniciarse el siglo XV. Mortecino, cautivador barrio que contrasta vivamente con otro rincón no menos bello, arriba, en el Castillo, del que no le he ha-blado: la Zlatá Ulicka —Callejuela del Oro—, donde el Empe-rador Rodolfo II, a lo que se ve aficionado a la lotería, alojó a los alquimistas más eminentes de la época esperando que ha-llaran las fórmulas para fabri-car el oro y el elixir de la vida. ¡Casi nada! En realidad, hay que reconocer que el Emperador no les dio demasiado espacio ni demasiadas facilidades: se trata de un abigarrado callejón, de casitas desiguales —verdes, rocasitas desiguates —verdes, ro-jas, amarillas—, chafarrinón que constituye el adecuado contra-punto de la severa grisura del resto de la ciudad. —¡Bueno! Y a todo esto, a lo mejor no ha visto usted el Esta-dio del Spartak de Praga...

-Sí, hombre, si, también lo he visto. Es un rectángulo de hierba rodeado de gradas por todas

partes y...

—No lo tome usted a broma.
El Real Madrid, por si no lo sabe,
disputó allí, todavía no hace tres
meses, un partido dramático.

-Conozco el episodio deportivo, pero ocurre que el escenario, y lo siento, no me sugiere demasiadas cosas. Olga, ¿por qué será que los campos de fútbol se parecen tanto unos a otros? ¿No se ha fijado usted? En cambio, los muscos nunca son igua-les y en Praga, por cierto, hay un montón de ellos: veintitan-tos si no estoy mal informado. Museos interesantes y bien mon-tados, de pintura, literario, et-nográfico, técnico, militar... hasta deportivo, para que no diga. De estos recorridos me ha que-dado en la cabeza un lienzo asombroso y extrañamente profético, quizá con cuatro siglos encima. Es algo primitivo, pero lleno de candor y de un simbo-lismo evidente. Lo vi en el Mu-seo Strahov y representa el proceso de un puñado de plata desde que un par de forzados arrancan el rico metal de las entra-ñas de la tierra hasta que un poderoso señor puede lucirlo, transformado en objetos valiosos, después de pasar por las manos de diez operarios y arte-sanos. Todos sudan la gota gor-da en el cuadro menos el que da en el cuadro menos el que se lleva la plata. ¿Qué le pa-rece? ¿Querrá usted creer que el dichoso cuadro de la Biblioteca Strahov me está trayendo, desde que lo he visto, muchos quebraderos de cabeza?

MI-GUEL DELIBES. Fotos: XAVIER MISERACHS, CLUB ALCYON y ARCHIVO.

FIN DE LA SERIE